

# HISTORIOGRAFÍA INGLESA: TENDENCIAS RECIENTES EN EL ESTUDIO DE LA ÉPOCA MODERNA

English Historiography: Recent Trends in the Study of the Early Modern Period

JAMES CASEY \*

Aceptado: 5-11-01.

BIBLID [0210-9611(2001); 28; 105-127]

## RESUMEN

Este artículo ofrece un repaso somero a la historiografía sobre la Inglaterra moderna, resaltando su abundancia pero al mismo tiempo el peligro de especialización excesiva, que va causando cierta preocupación. La ambición de integrar las investigaciones sobre la sociedad, las mentalidades y la política en una visión más global de la evolución social conduce al estudio de las 'formas del poder'. Hay un nuevo énfasis en los elementos de continuidad en la sociedad inglesa. El desarrollo de la economía ya se revela como más paulatino, menos revolucionario de lo que se pensaba antes. Las mentalidades igualmente resaltan de los estudios recientes sobre la Reforma y la Guerra Civil como bastante conservadoras. Entonces la evolución social y cultural del país parece depender en gran medida del ejercicio del poder por una élite que ha sabido aprovecharse del mando por una serie de circunstancias coyunturales, durante la época confusa de la Reforma protestante y la Guerra Civil. El papel creciente del estado como fuente de control social habrá sido la auténtica revolución de la época moderna. Esta reorientación historiográfica va acompañada por una atención creciente al papel del individuo, en vez de las tendencias o estructuras sociales, como clave de la explicación histórica.

**Palabras clave:** Inglaterra. Historiografía. Desarrollo. Protestantismo. Absolutismo. Crisis del siglo XVII.

## ABSTRACT

This article is a brief survey of current trends in the historiography of early modern England, noting the abundance of output as well as a concern over excessive

\* Dpto. de Historia, University of East Anglia (Reino Unido).

Le agradezco a mi colega Colin Davis su valiosa ayuda para este artículo. También al Departamento de Historia Moderna de la Universidad de Granada su invitación a hablarles sobre un tema que, por no ser el mío, me obligó a una lectura y reflexión, que luego se amplió a raíz del debate que tuvimos.

specialisation. The ambition of bringing research on society, culture and politics together more as a way of explaining the mainstream of social change is leading to a new emphasis on 'forms of power'. There is a new stress on the elements of continuity in early modern England. Economic change is now presented as more gradual and less revolutionary than was once thought. English attitudes, as revealed in recent research on the Reformation or the Civil War, appear fairly conservative. So, social and cultural developments, rather than precipitating political change, look more like a response to the latter — to the particular direction given by elites who have managed to take control of the reins of power at particular turning points, such as the Reformation and the Civil War. The growing role of the state as a source of social control now seems to have been the real revolution of the early modern period. And there is a new concern to place the individual, rather than long-term trends, at the centre of historical explanation.

**Key words:** England. Historiography. Development. Protestantism. Absolutism. Crisis of Seventeenth Century.

La primera impresión que se saca de un repaso a las publicaciones recientes es la de la enorme vitalidad y popularidad en Inglaterra de un género que se puede denominar, empleando el término consagrado por Peter Laslett, la búsqueda de “un mundo que hemos perdido”. Pasando por las librerías, se nota el puesto de honor ocupado por las biografías de los héroes o demonios del pasado. Menos accesibles al público general pero notables son las síntesis — *Oxford History of Europe*, *Oxford History of Modern Britain*, *Penguin History of Britain*, *Penguin Economic History of Britain*, *Cambridge Agrarian History of England and Wales*,., y una larga etcétera, que constituyen series nuevas o renovadas, ampliamente ilustradas<sup>1</sup>. Su esquema, es cierto, es más bien ‘político’, pero la historia social goza de su propia jurisdicción en series tan establecidas ya como ‘Past and Present Publications’ y ‘Oxford Studies in Social History’, aunque quizás minoritarias. La proliferación de revistas es otro fenómeno que llama la atención, con una especialización que puede parecer a veces excesiva: *French History*, *German History*, *Slavonic Studies*, *Sixteenth-Century Journal*, *Social History*, *Gender History*, para citar algunas de las más conocidas. Mirando los catálogos de las editoriales, uno queda admirado de la extensión de los estudios más allá de las Islas Británicas, a Europa y al mundo.

Sin embargo, al mirarla un poco más de cerca, la realidad puede resultar menos halagüeña. La división, por ejemplo, entre historia ‘bri-

1. Dos clásicos recientes para darse una idea del género: MORRILL, John (ed.), *The Oxford Illustrated History of Tudor and Stuart Britain*, Oxford, 1996, con la colaboración de una amplia gama de especialistas. Y, más popular, SCHAMA, Simon, *History of Britain*, BBC Publications, London, 2001.

tánica' y 'europea', bastante arraigada todavía en los departamentos universitarios, hace que, a veces, la primera sea tomada como la norma en perjuicio de una historiografía auténticamente comparativa. O, si hay comparación, será tomando como modelo la experiencia británica, aplicándola a sociedades que ganarían en forjar una interpretación propia de su pasado. Así, Gerald Brenan en su clásico *Laberinto Español* previno a sus lectores británicos contra la fácil interpretación de conflictos políticos en un país como España donde, para tomar sólo un ejemplo, la autoridad social y cultural de la capital fuese muy otra que la de Londres sobre las regiones inglesas<sup>2</sup>. Pero Brenan había vivido en una de esas pequeñas comunidades campesinas andaluzas que ya no existían en Inglaterra, y él no pertenecía al mundo académico profesional —lo que le habrá ahorrado algunas pistas falsas. Mirando las cosas desde fuera, tenemos que asegurarnos que no estamos teniendo nuestro catalejo al revés.

Dentro de la propia historiografía de las Islas Británicas, el interés por el pasado puede ser atribuido en parte a la diversificación creciente de la población, gracias a la inmigración de gente procedente de los territorios del antiguo imperio, y a la reivindicación de su identidad por parte de las regiones como Escocia o País de Gales. Uno de los temas que atraen más al alumno hoy en día parece ser el del conflicto y de la convivencia de civilizaciones. La pregunta, ¿quiénes somos?, se hace más aguda para los Británicos de la nueva generación. De aquí una tendencia a cuestionar algunos de los mitos de la historiografía tradicional —el de la 'revolución gloriosa' de 1688 como fundación de la libertad, por ejemplo, poniendo mayor énfasis en la 'visión de los vencidos' como los Jacobitas, los católicos, o la población 'indígena' de Irlanda.

Este deseo de saber 'quiénes somos', sin embargo, puede quedar sin la respuesta adecuada si se mira el golfo entre los pocos historiadores dispuestos o aptos para utilizar los grandes medios de comunicación y los académicos. Como en otras partes, se tropieza con la especialización creciente del profesorado, con la división entre medievalistas y modernistas, entre historiadores de la política y de la economía. Así, la gran revista *Economic History Review*, que hace 25 años abarcaba también las cuestiones sociales y que se situaba en el centro del debate historiográfico, ahora ha perdido gran parte de su clientela, haciéndose

2. *The Spanish Labyrinth*, London, 1943.

más técnica y especializada, atendiendo sobre todo a los ‘puros y duros’ de su propia disciplina.

Uno de los más destacados de nuestros historiadores socio-económicos actuales, Keith Wrightson, ha llamado la atención recientemente sobre aquel problema. En una gran obra de síntesis sobre la evolución económica de Inglaterra en la época moderna, señala lo artificioso de la división entre los medievalistas y los modernistas, y la dificultad de explicar el crecimiento renacentista si no tenemos en cuenta la consolidación anterior de la población y la economía. En primer lugar, hay que pensar que ya en 1500 la mitad, aproximadamente, de la tierra inglesa había sido ‘acotada’, pasando de manos de la comunidad campesina a la nueva clase de terratenientes, paso decisivo (según la interpretación bien conocida) del feudalismo al capitalismo. Igualmente, ¿cómo explicar el despegue de la economía en el siglo XVIII si nos limitamos, como muchos investigadores, al marco del siglo de las Luces, sin tener en cuenta la enorme diversificación y consolidación de las ‘necesidades terrestres’ en el siglo anterior, tachado a menudo de ‘recesión’? Los períodos de tiempo seleccionados por los historiadores impiden más que ayudan el estudio de la evolución social. Fechas como 1485 y 1715 que enmarcan los libros de texto del alumno inglés pueden tener algún valor en la historia política del país, pero, para Wrightson, su significado para la evolución económica y social es más que dudoso. Desde otra perspectiva, Wrightson arremete contra lo que llama el ‘acotamiento’ de la historiografía social —dándole un doble sentido al conocido término que tradicionalmente se refería al fenómeno clave en la historia de Inglaterra que fue el acotamiento de la tierra. En vez de acometer temas de gran amplitud, que enlazan con la historia general del país, la historia social ahora se ha retirado en una especie de feudo propio<sup>3</sup>. Acompañando la caída del régimen soviético, ha habido una especie de abandono del modelo marxista en el mundo académico. Que fuésemos o no de acuerdo con él, aquel modelo había tenido el mérito de abarcar problemas que estaban al centro de lo que entendemos por evolución social, a la encrucijada de cambios económicos, políticos y culturales. Ahora parece que se va desperdigando la investigación por un laberinto de múltiples sendas. Historias de la muerte, del género, de los delitos van constituyendo un abanico de muchos colores. Pero,

3. “The enclosure of English social history”, en WILSON, Adrian (ed.), *Rethinking Social History: English Society 1570-1920 and its Interpretation*, Manchester, 1993.

¿quiénes se atreven a integrarlas en una interpretación general, o, al menos, entablar el diálogo con sus colegas que trabajan sobre la historia política del país?<sup>4</sup>

Es como si hubiéramos vuelto a la antigua historia social, descriptiva y anecdótica, definida por Trevelyan, autor de la clásica *Historia Social de Inglaterra*, como siendo “historia, menos la política”. Sin duda, ha habido siempre un cierto ‘pragmatismo’ en la historiografía inglesa — un distanciamiento con los modelos filosóficos, como el marxismo, y un apego al estudio puntual de “lo que pasó”, explotando la riqueza de los archivos para situar las grandes transformaciones sociales en su contexto específico. Al fin y al cabo, esta perspectiva tenía la ventaja de mostrar lo complejo de estructuras y movimientos sociales, que no se podían reducir a unas fórmulas, sino que reflejaban las dudas y las equivocaciones de hombres envueltos en luchas cuyas últimas consecuencias no podían prever del pasado. Tal aproximación al pasado permitía rescatar del olvido a los ‘vencidos de la historia’, marginados por las grandes corrientes del ‘progreso’. Pensamos, es claro, en aquel libro memorable, quizás el más conocido producto de la historiografía inglesa reciente, *The Making of the English Working Class*, que narra el nacimiento del movimiento obrero a principios del siglo XIX en relación con el concepto político predominante de la época: el jacobinismo y la tradición libertaria heredada del pasado<sup>5</sup>. Aquí las mentalidades y la cultura popular se revelan como la clave, que explican las respuestas al desafío económico, al trastorno representado por la primera revolución industrial. Este tipo de investigación puntual, rica en enseñanzas por su conocimiento profundo de documentos de primera mano, hace eco a la filosofía de Gramsci, con su énfasis en la necesidad de comprender la cultura de un pueblo y las múltiples maneras de asegurar la hegemonía de una élite dirigente por este medio.

Esta especie de investigación puntual sigue teniendo gran predicamento en los medios historiográficos ingleses. Una muestra interesante son los estudios de Margaret Spufford sobre el campesinado inglés

4. Es interesante comparar, por ejemplo, un producto —espléndido— de la nueva historiografía social reciente, HOULBROOKE, Ralph, *Death, Religion and the Family in England 1480-1750*, Oxford, 1998, con la recopilación de artículos del maestro de la historiografía ‘marxista’, HILL, Christopher, *England's Turning Point: Essays on Seventeenth-Century English History*, London, 1998. En el último libro, Hill muestra la posibilidad de integrar historia de la familia o de la religión en un análisis global de la evolución socio-política de Inglaterra.

5. THOMPSON, E. P., *The Making of the English Working Class*, London, 1963.

del siglo XVII<sup>6</sup>. El título de la recopilación reciente de sus artículos —‘paisaje con figuras’— resume bien la diversidad de las perspectivas desde las cuales la autora mira a sus campesinos, cuyos sistemas de trabajar la tierra, de arreglar sus matrimonios y herencias, y de recurrir al sacerdote, al predicador o al mago, forman parte de una civilización agraria. Esta historia ‘total’ de una pequeña comunidad local se parece mucho, claro, a la escuela de los Annales en su primera época, y a la antropología social, la cual ha puesto siempre su énfasis en la comunidad local, integrada por un tejido complejo de relaciones ‘interpersonales’.

Sin embargo, en las sociedades europeas, donde existían mercados e instituciones políticas y religiosas bien formadas, la comunidad pequeña no podía prescindir completamente de ellas. Tampoco, a decir la verdad, al nivel mundial, donde desde los Descubrimientos las sociedades tradicionales han tenido que adaptarse al desafío capitalista. Nos lo recuerda uno de los más destacados protagonistas de la antropología social, Eric Wolf<sup>7</sup>. El gran interés por las culturas populares en Europa ha influido mucho recientemente en la interpretación de aquella primera revolución moderna —revolución, en primer lugar, por la transferencia de cantidades ingentes de tierras de los monasterios a los terratenientes— que fue la Reforma protestante. Nuestra comprensión de su significado en Inglaterra se ha visto transformada en las últimas décadas por la atención dedicada a la brujería y otras supervivencias paganas entre el pueblo. Sin embargo, esta cultura popular se veía enmarcada —como lo señala muy bien Eamon Duffy— desde hace siglos por una jerarquía eclesiástica y política que no podemos dejar fuera de la cuenta. Por eso, el destacado historiador del protestantismo, Patrick Collinson, en su discurso inaugural como catedrático en la universidad de Cambridge en 1989, recordaba que si queremos estudiar la formación de una cultura protestante en el país, que ayudó a formar el carácter del individuo y de sus relaciones con la familia y la comunidad, hay que empezar reconociendo que estos valores vienen impuestos en muchos casos desde arriba, por una élite que goza del apoyo del aparato político. A contrapelo de Trevelyan, aboga por una historia social ‘en la cual se ha vuelto a tomar en cuenta la política’<sup>8</sup>. Y Keith Wrightson, recordándonos que

6. SPUFFORD, Margaret, *Contrasting Communities: English Villagers in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Cambridge University Press, 1974; *Figures in the Landscape: Rural Society in England 1500-1700*, Aldershot, 2000.

7. *Europe and the People without History*, Berkeley, 1982.

8. *De República Anglorum, or History with the Politics put back*, Cambridge, 1990.

muchas de las fuentes que utilizan los historiadores de la sociedad —censos, registros de los tribunales, registros parroquiales— son instrumentos establecidos por las autoridades políticas o eclesiásticas, nos invita a examinar la maquinaria del poder. ¿Cómo aprovechamos de la luz que proyectan tales fuentes sin saber primero el contexto en el cual funcionaba —el desarrollo del aparato burocrático del estado? La historia social, luego, tendrá que tener más en cuenta las formas del poder— lo que la llevará de nuevo al centro del debate histórico. Así se puede evitar la marginación —el ‘acotamiento’— de la historia de la familia, por ejemplo, o de la brujería.

Los historiadores políticos, mientras tanto, les tienden la mano: ‘todos ya somos historiadores sociales’. Para ellos —o al menos la gran mayoría— la historia política ya no se investiga ni se enseña sin tener en cuenta su fondo social: la composición de las élites, las redes de mecenazgo que les enlazan con sus súbditos, la mentalidad o la cultura que sirve como cemento de la jerarquía social. El ejercicio del poder se ve mucho más complejo que para una generación anterior, requiriendo el recurso a modelos de hegemonía cultural y social, como los del sociólogo Clifford Geertz, en su *Interpretación de las Culturas* (1973), que se ha puesto muy de moda. Volviendo la espalda al concepto antiguo de ‘revolución’, se pone ya el énfasis en la lentitud de los cambios socio-políticos. Las ideologías se tratan ya con mayor precaución, intentando evitar el anacronismo y situar su mensaje en el contexto de la ‘mentalidad’ de la época a través del análisis de una diversidad de fuentes —literatura, memorias, cartas. Las ideas de autoritarismo o de libertad que parecen en los escritos del siglo XVII necesitan, por lo tanto, ser reinterpretadas a la luz de la ‘lectura’ que hacían de ellas los actores de la época— que puede ser bastante diferente de como las leemos nosotros<sup>9</sup>.

Mientras tanto, desde otra perspectiva, los ‘revisionistas’ están señalando los elementos de continuidad en el sistema político del país, a pesar de la Guerra Civil de 1640 o de la Gloriosa Revolución de 1688. Un nuevo enfoque sobre la comunidad regional y sobre la participación del ciudadano medio en el poder viene subrayando la importancia de la administración —policía, bienestar, higiene— como el motor de la historia política del seiscientos, a pesar de ser algo oscurecido por el

9. SHARPE, Kevin, *Reading Revolutions: The Politics of Reading in Early Modern England*, New Haven, 2000; y, del mismo autor, *Remapping Early Modern England: The Culture of Seventeenth-Century Politics*, Cambridge, 2000.

drama del conflicto entre el rey y el parlamento. La realidad parece ser que, fuese el rey o el parlamento el que mandaba, se asistía a una expansión del estado ‘administrativo’ en el seiscientos —una expansión realmente impresionante, que no dejaba de tener consecuencias para la estructura social, a la vez que venía influida en cierto modo por cambios sociales, como la consolidación de una clase media<sup>10</sup>.

La historiografía inglesa está actualmente, por lo tanto, en una encrucijada. Parece que hay como un deseo general, partiendo de los distintos campos, de la historia social y política, de volver a estudiar las diversas formas del ‘poder’ —tanto cultural como material— como la clave de la comprensión de una sociedad. Pero son múltiples las corrientes actuales de investigación. ¿Sería posible reducirlas a un solo esquema? Vamos a intentar bosquejar la dirección general de los trabajos que se están llevando a cabo, a ver si los temas que ocupan las distintas historiografías de la época moderna en Inglaterra, de tipo social, cultural o político, tienen algo en común.

La Inglaterra moderna es conocida principalmente, se puede decir, por las dos grandes revoluciones que la transformaron —la política del siglo XVII y la agraria-industrial del XVIII— y que echaron las bases del primer país ‘capitalista’ del mundo. Esta visión se va matizando mucho en los últimos años. Quizás la perspectiva empezó a cambiar —si hay que escoger una fecha— en 1965, con la publicación del libro de Peter Laslett, *El mundo que hemos perdido*. Libro de enorme influencia por lo ameno de su estilo (fue presentado primero como una serie de charlas en la radio), dirigió la atención a la experiencia vital del ciudadano medio, a través de la nueva ciencia social de la demografía histórica. Intentó demostrar la lentitud de los cambios que se habrían producido a este nivel durante la época moderna en Inglaterra. Había efectivamente aquel mundo que hemos ‘perdido’, que le dió el título al libro —una civilización esencialmente rural, con sus pequeñas comunidades, su localismo, su jerarquía social dominada por las familias señoriales (las únicas que contaban a escala nacional— por eso, Laslett habló de una Inglaterra con ‘una sola clase’, la aristocracia). Pero aquel mundo había durado en su esencia hasta finales del siglo XIX o principios del siglo XX; lo tocaban nuestros abuelos. La industrialización del país, y menos aún la revolución política de 1640, no habían cambia-

10. BRADDICK, Michael, *State Formation in Early Modern England c. 1550-1700*, Cambridge University Press, 2000.



do gran cosa de esta jerarquía plurisecular. Pensar que los disturbios políticos que ocupan tantas páginas de los libros de texto escolares necesariamente han de tener raíces profundas para corresponder al drama de los acontecimientos, nos dice Laslett, es equivocarse. El conflicto por el poder forma parte integrante —como nos lo explican los sociólogos— en todas las sociedades. Pueden encontrarse en las sociedades más estables, sin romper la continuidad de su vida profunda, mientras que los cambios notables se producen a un nivel más bajo, en la evolución paulatina de sus estructuras. Interesándose cada vez más por la demografía ‘pura’, en las ediciones posteriores de su libro —sobre todo en la edición definitiva de 1983 *{El mundo que hemos perdido investigado un poco más}*— utilizó los nuevos conocimientos de las tasas de ilegitimidad, por ejemplo, para sugerir que no hubo ‘modernización’ del matrimonio al producirse la urbanización del país. Las relaciones sexuales no encontraban mayor grado de ‘libertad’ para expresarse en el mundo industrial y anónimo, sino que fluctuaban según otros factores, como la coyuntura económica o el grado de control ejercido por las autoridades en nombre de la moral o del higiene. También —y con esta perspectiva su nombre va unido para siempre— intentó demostrar cómo la familia nuclear contemporánea no nace con la industrialización y la fragmentación de las pequeñas comunidades locales de antaño, sino que existía, y era la norma, en la vida de nuestros antepasados. La necesidad de acumular un patrimonio antes de contemplar matrimonio, el no depender de una red de solidaridad entre parientes, todo eso que va liado con el concepto de urbanización, ya existía en ‘el mundo que hemos perdido’, desde cuando empieza la documentación<sup>11</sup>.

Por muy documentada que sea la tesis de Laslett, no deja de presentar problemas, que van planteando dudas cada vez mayores. En primer lugar, su énfasis en la pequeña comunidad que constituía el marco de la vida de nuestros antepasados y que ocupaba algunas de las páginas más brillantes de su libro, parece en contradicción con lo que explica de la autonomía de las familias, como si el ‘individualismo’ era cosa ya adquirida en la sociedad pre-industrial. Para Laslett, este individualismo al nivel básico es como el cimiento del crecimiento industrial posterior. Pero, ¿no es legítimo preguntarse sobre la solidaridad entre parientes o vecinos, más allá de la casa, que debieron de existir y de moldear las

11. LASLETT, Peter, *The World we have lost*, London, 1965; *The World we have lost further explored*, London, 1983.

relaciones personales de una manera muy diferente de la de una sociedad de masas? Toda esta zona —quizás por exigir una perspectiva interdisciplinaria y no poder resolverse por la mera aportación de los demógrafos— queda curiosamente, en gran parte, por explorar. Además, Laslett insiste en la importancia de la migración: la mitad de la población de un pueblo estudiado (Cogenhoe) que se desplaza entre 1618 y 1628, las dos terceras partes de otro (Clayworth) entre 1676 y 1688. ¿Cuál fue el impacto de tal mezcla?

El aumento de la población británica fue importante durante la época moderna: de dos millones y medio de hombres a principios del siglo XVI, pasó al doble, algo más de cinco millones a mediados del siglo XVII (añadir un millón más por Escocia, medio millón por el País de Gales), iniciando luego una pausa antes de emprender de nuevo un avance espectacular en la segunda mitad del siglo XVIII. Una de las investigaciones más destacadas realizadas en el campo de la historiografía inglesa en las últimas décadas ha sido la de Tony Wrigley y Roger Schofield sobre estos movimientos demográficos<sup>12</sup>. A través de una recopilación impresionante de estadísticas sobre bautizos, matrimonios y entierros, han logrado demostrar que el papel crucial fue desempeñado por la tasa de nupcialidad y no —al contrario de lo que se pensaba antes— por la mortalidad, a pesar de la gravedad de las pestes y hambres de la sociedad preindustrial.

Los demógrafos, por lo tanto, nos plantean un nuevo desafío al quitar de la escena el *deus ex machina* de la muerte, obligándonos a enfocar la fundación de familias, y por lo tanto el contexto económico y social que creara las condiciones que favorecieran o no los matrimonios. La demografía histórica parece salir de su fase pionera, planteando una serie nueva de cuestiones fundamentales y puntuales a las cuales se averigua incapaz de responder por sí sola. Uno de los pioneros en abrir el debate entre los demógrafos y los historiadores sociales en general ha sido Keith Wrightson, cuyo primer libro, que escribió en colaboración con David Levine, *Pobreza y Piedad en un Pueblo Inglés*, marca un hito en la historiografía de la época moderna. Monografía ejemplar sobre una localidad, sabe combinar las perspectivas demográficas y culturales para presentar al lector una comunidad en sus múltiples dimensiones<sup>13</sup>.

12. WRIGLEY, E. A., y SCHOFIELD, R. S., *The Population History of England (1541-1871)*, London, 1971.

13. WRIGHTSON, Keith y LEVINE, David, *Poverty and Piety in an English Village: Terling 1525-1700*, London, 1979.

Terling era un pueblo de 70 vecinos al principio del siglo XVI, y 122 a finales del seiscientos. Estaba a sólo unos 60 kilómetros de Londres, lo que ayuda a explicar la alta movilidad de su población: apenas la cuarta parte de los padres que presentan a sus hijos al bautizo habían nacido en Terling. Cabe señalar además la prosperidad creciente de la comunidad, reflejada en la construcción de las casas y en el inventario de vestidos, y fomentada por una clase media que iba acumulando tierra —a expensas de los campesinos más pobres, que iban constituyendo un nuevo proletariado. Desparecía poco a poco el campesinado medieval, cediendo el paso a una economía del mercado. Una élite empezaba a tomar forma, a menudo compuesta por gente nueva que al cabo de dos o tres generaciones eran dueños de haciendas que habían comprado—unas familias caracterizadas por sus relaciones de amistad, cimentada por una ideología común: el puritanismo. La evolución de la comunidad parece firme pero lenta: la explotación de la tierra sólo experimenta un cambio cualitativo a raíz de la depresión del mercado del grano a finales del siglo XVII, cuando se introduce nuevos cultivos —legumbres, forraje, etc. Pero el cambio mayor es más bien de orden cultural: la comunicación de ideas y costumbres que rompe el aislamiento de una pequeña comunidad tradicional: la tasa de analfabetismo cae desde la mitad hasta la cuarta parte de la población durante la primera mitad del seiscientos, mientras que la imposición de un control puritano sobre los ‘delincuentes morales’ —amancebados, borrachos, vagos y otros— favorece una nueva disciplina popular, acercándose en cierto modo a una especie de ética capitalista.

La base de la tesis de Wrightson es la de la integración paulatina de las comunidades locales en una comunidad nacional —no sólo en un mercado, sino en una cultura nacional — a lo largo del seiscientos. Esa fue la auténtica revolución de la época moderna: la difusión de prácticas agrarias y de costumbres de trabajo, que poco a poco rompieran el aislamiento y el ‘atraso’ de la pequeña comunidad cerrada. Es un tema que ha vuelto a tratar en su obra más reciente, una importante síntesis sobre la economía —las *Necesidades mundanas*<sup>14</sup>. Ahí plantea el problema de cómo Inglaterra resolvió el enorme desafío de los tiempos modernos: no sólo el doblar del número de los hombres entre el siglo XVI y XVII, sino el rápido aumento de los precios y la disminución brutal de los salarios reales. Este empobrecimiento de la población pudo

14. WRIGHTSON, Keith, *Earthly Necessities: Economic Lives in Early Modern Britain*, New Haven and London, 2000.

haber amenazado toda la jerarquía social y política. Si bien hubo un aumento de la mortalidad en el seiscientos, la esperanza de vida en general se prolongaba. Los altibajos del movimiento demográfico, por lo tanto, parecen obedecer al ritmo de los matrimonios, los cuales son fuertemente influidos por la coyuntura económica, a la vez que por las tradiciones culturales del pueblo, y su mayor o menor énfasis en la autonomía económica de los jóvenes antes de casarse. Aquí, entra en juego el estado de la economía. El acotamiento de tierra, a expensas del campesino y al beneficio de los hacendados (la *gentry*) es un fenómeno bien conocido de la historia agraria inglesa y que vuelve a ser confirmado una vez más en la obra de Wrightson. Sin embargo, no parece ya que hubiese aquella ‘revolución agraria’ a la cual nos habíamos acostumbrado. Es decir, no hubo innovaciones técnicas de gran alcance, sino más bien la difusión de prácticas ya conocidas, adaptándose la tierra en cada localidad a los cultivos a los cuales era apta, gracias a la integración de las comunidades locales en un mercado nacional, a la difusión de los conocimientos y a las nuevas posibilidades de intercambios. El aumento del salario real a fines del seiscientos, a raíz de la ‘depresión’ y del estancamiento de la población, potenció esta ‘urbanización’ paulatina, la cual a su vez permitió una diversificación de la renta rural a través de las manufacturas bastas y baratas confeccionadas ahora por los campesinos. El siglo XVII asiste a un aumento importante del porcentaje de la población urbana viviendo en comunidades de más de 5,000 habitantes. El cuadro puede ser familiar por estudios recientes de España en la misma época. A pesar de su ambiente de crisis (que afecta sobre todo los antiguos centros expuestos a los vaivenes de la economía ‘mundial’ y su anejo, la política fiscal de la monarquía) el seiscientos llega a consolidar una prosperidad ‘mediana’, echando las bases de una expansión más generalizada, cuando menos espectacular, a través del país en su conjunto<sup>15</sup>.

Sin embargo, al leer la tesis de Wrightson, quedan algunas dudas. La consolidación de que nos habla parece radicar en una mayor disciplina ciudadana —una mejor ‘policía’, para emplear un término cara a los gobernantes de la Ilustración. Parece que asistimos a lo largo de la época moderna a una transformación cultural, uno de cuyos focos será la familia. La transformación de una antigua solidaridad ‘comunitaria’ a favor de un mayor sentido de responsabilidad individual, reflejada en

15. MARCOS MARTÍN, Alberto, *España en los siglos XVI, XVII y XVIII: economía y sociedad*, Barcelona, 2000.

la prudencia ante el matrimonio, fue reforzada por la difusión del concepto de propiedad 'privada' gracias al acotamiento de tierras. ¿Cómo se llevó a cabo tal trastorno de las relaciones sociales, sin embargo, sin producirse una verdadera revolución económica o política?

El que puede llamarse padre de la historiografía social inglesa, Richard Tawney, se distinguió no sólo por su gran obra *El problema agrario del siglo XVI*, publicado en 1912 y dedicado al declive de la antigua comunidad medieval, sino que en 1922 publicó una serie de conferencias sobre *Religión y Capitalismo*, llamando la atención sobre la importancia de las 'mentalidades' en el estudio de los cambios económicos<sup>16</sup>. Esta perspectiva hace pensar en cierto modo en la muy conocida del sociólogo alemán Max Weber, autor de *La Ética Protestante y el espíritu del capitalismo* (1904-5), salvo que Tawney encontraba poco 'espíritu capitalista' en los primeros protestantes. Al contrario, subrayó el conservadurismo económico de los líderes de la Reforma, su énfasis en la protección de las tierras comunales contra los acaparadores y en la regulación de los precios en beneficio de los pobres. No preconizaban el abandono del concepto tradicional de la comunidad, sino al revés. Entonces, toda la tesis de Tawney está dedicada a mostrar como en la práctica se modificaba la solidaridad comunitaria poco a poco, al fortalecerse otros valores implícitos en el protestantismo, como el horror ante la ociosidad y el apego a la idea del trabajo como medio terapéutico espiritual. También, la proliferación de las sectas, característica del protestantismo, al oponerse a la autoridad de la monarquía anglicana, hizo imposible la ejecución en la práctica de las leyes tradicionales introducidas para la protección de las tierras comunales y las tasas de precios. Christopher Hill, el más conocido de los discípulos de Tawney, ha sabido mantener la misma línea, interesándose tanto por la condición material del pueblo como por la mentalidad popular que influye tanto en las formas de integración social. En su influyente tomo en la *Pelican Economic History of Britain*, mostraba todo el rigor de los controles sobre el capitalismo mantenidos hasta la Guerra Civil, que cayeron luego gradualmente en desuso: control del aprendizaje, de los gremios, de la producción manufacturera, de los precios y salarios<sup>17</sup>. La única diferencia —pero tan grande, quizás—

16. TAWNEY, Richard, *The Agrarian Problem of the Sixteenth Century*, ed. por Lawrence Stone, New York, 1967; *Religion and the Rise of Capitalism*, edición de bolsillo, London, 1938.

17. HILL, Christopher, *Reformation to Industrial Revolution*, London, 1967.

con las ciudades alemanas sería que mientras ellas mantenían sus propios controles, el sistema inglés dependía del gobierno central, lo que, al fin y al cabo, los hizo más vulnerables a los vaivenes de la política anti-monárquica.

Las investigaciones más recientes tienden a reforzar el imagen de un estado llevado a abandonar, poco a poco, su esfuerzo por mantener los principios de una república medieval. El gobierno adoptaba una actitud más flexible que antes a la cuestión espinosa de la usura, permitiendo los préstamos a interés desde 1573. Quizás en parte a causa de los nuevos conceptos de la naturaleza nacidos en el Renacimiento, hubo un cambio paulatino de la manera de concebir lo que era una economía. Los hombres del seiscientos empezaban a pensar en el modelo de una máquina compuesta por piezas sueltas engranadas, distanciándose del concepto católico medieval de un cuerpo integrado por miembros ideados por una providencia divina para complementarse. La 'iglesia invisible' de los protestantes se separaba cada vez más de la 'comunidad de la fe' reflejada en la república medieval. Inglaterra en el seiscientos, por lo tanto, empezaba a carecer al nivel oficial de la voluntad de seguir ejecutando los antiguos controles. Los escritos de Thomas Mun en los años 1620 marcan bien el cambio. A pesar de su ideología 'tradicionalista', la monarquía absoluta de Carlos I veía su propio interés fiscal en el acotamiento de tierras comunales y en subir las rentas de sus propios vasallos. El paternalismo cedía el paso a la nueva ideología del trabajo, mientras que el gran pecado de la Edad Media, la codicia y la falta de caridad, fue sustituido por otro: la ociosidad. El interés tradicional de la historiografía inglesa por las mentalidades, dado los enormes conflictos entre las sectas en la época moderna, sigue revelándose muy fértil en nuevas perspectivas sobre la evolución social del país, siguiendo la línea de Hill y Tawney.

Lo realmente interesante es ver cómo se sustituía la antigua república medieval por otro concepto cristiano del estado. Paul Slack, máxima autoridad en cuanto al impacto social de la peste y de los cambios económicos, destaca por su investigación sobre el sistema de bienestar de la población. Recuerda para sus lectores la enorme importancia de la gran *Ley de los Pobres* de 1601. Casi única en Europa por el grado de centralización que representaba, decretaba la persecución de los vagabundos, pero al mismo tiempo se ocupaba de las necesidades de huérfanos (colocándolos en aprendizaje), viudas y enfermos, distribuyéndoles una pequeña pensión semanal. Esta impresionante 'racionalización' del sistema de bienestar llegó a ser introducida en la tercera parte de las parroquias inglesas hacia mediados del siglo XVII y en casi todas hacia

1700. Como en otros países durante el Siglo de las Luces, fue completada por una red extensiva de hospicios, donde se proyectaba encerrar a los vagos, aunque esta medida parece haber tenido menos éxito<sup>18</sup>. En efecto, estamos entrando en el mundo de Thomas Malthus, autor del análisis magistral de la ‘proletarización’ de su pueblo (*Ensayo sobre la población*, 1798), que sirve como una especie de resumen de toda la problemática del ‘subdesarrollo’, que estaba abocando en la crisis del antiguo régimen.

Las corrientes historiográficas que hemos examinado hasta ahora tienden a mostrar las imperfecciones de la evolución socio-económica del país durante la época moderna, la miseria creciente de la mayoría de la población ante la severidad de los cambios en ciertos sectores, la respuesta (desde muchos aspectos, impresionante) de la administración... ¿Cómo reaccionó el pueblo ante tal situación? Una historiografía tradicional ha resaltado el número y la gravedad de las revueltas populares en Inglaterra durante el siglo XVI y primera mitad del siglo XVII. Aferrados a la defensa de sus derechos comunitarios, el campesinado inglés —quizás sobre todo en la ‘periferia’ mal integrada, en las zonas de bosque o de montaña, donde una población inestable explotaba el carbón o los metales— se alzaba contra los hacendados, que fuesen monárquicos o parlamentarios, que intentaban privarles de su libertad en nombre de los sagrados derechos de la propiedad privada<sup>19</sup>.

Sin embargo, la tendencia reciente ha sido la de señalar la extensión limitada de estas revueltas, su poca eficacia y su desaparición ya en la segunda mitad del seiscientos. Ian Archer, en su estudio importante sobre Londres bajo el reinado de Isabel I (1558-1603), llama la atención sobre la relativa ‘estabilidad’ de la capital a lo largo de aquellos años de proletarización y empobrecimiento creciente de la población. Para él, la explicación tiene que buscarse en parte en el sistema de auxilio a los pobres, pero en mayor medida en la colaboración de una amplia clase media-baja en la administración a través de los gremios y de los comités de gestión de la parroquia<sup>20</sup>. La atención creciente a este factor —el

18. SLACK, Paul, *From Reformation to Improvement: Public Welfare in Early Modern England*, Oxford, 1998.

19. Entre muchos estudios, se puede señalar a SHARP, Buchanan, *In Contempt of all Authority: Rural Artisans and Riot in the West of England 1586-1660*, Berkeley, 1980, y la síntesis reciente de WOOD, Andy, *Riot, Rebellion and Politics in Early Modern England*, London, 2001.

20. ARCHER, Ian, *The Pursuit of Stability: Social Relations in Elizabethan London*, Cambridge, 1991.

sistema político en cuanto afecta al ciudadano medio— es una característica a subrayar de la historiografía inglesa reciente. ‘La experiencia del poder’, para citar el título de una recopilación de artículos recientes sobre el tema, se da en primer lugar al nivel local, y a través de la participación en la administración de cosas ‘rutinarias’, como el auxilio social o la policía de la vecindad. El argumento de sus autores parece ser que cuanto mayor sea este grado de participación, más estable será el sistema político<sup>21</sup>. En particular, más o menos en la línea de E.P. Thompson, se va señalando la importancia de la administración de la justicia como factor en la evolución social. La ‘conciencia de clase’ no se fragua automáticamente como reacción a los abusos, sino en relación con la manera de percibir estos abusos y las posibilidades de remediarlos. Los conflictos nacen en circunstancias puntuales de explotación, pero su manera de desarrollarse —si se resuelven en revolución general o en acuerdos pacíficos— será conforme a la estructura del poder y de la flexibilidad de su respuesta. O sea, haciendo eco en cierto modo a las teorías de Gramsci, la historiografía reciente tiende a subrayar la importancia de la ‘libertad’ y de la ‘justicia’ como medios de integración de las clases en una comunidad nacional. Por muy sesgados que fuesen a favor de los poderosos, estos conceptos tenían una cierta base en la práctica administrativa de la Inglaterra moderna, y más aún en la mentalidad popular.

Una sociedad caracterizada, por lo tanto, por su ‘estabilidad’, alcanzada por una lenta evolución, en la cual las rebeliones contra la monarquía pueden ser interpretadas —como luego veremos— como la confirmación de los derechos tradicionales de la comunidad local. Una sociedad conservadora, por lo tanto, cuyo tono dominante era la ‘continuidad’ en el cambio. Y esto parece ser también el carácter de aquella primera gran revolución de los tiempos modernos: la Reforma protestante. La interpretación tradicional había hecho hincapié en el apoyo popular que habrían gozado los cambios introducidos por la élite —la disolución de los monasterios, la ruptura con Roma, la reforma de la liturgia. Invocando la difusión anterior de las ideas de Wycliffe, quien a finales del siglo XIV abogaba por una espiritualidad interiorizada, fundada en la lectura de la Biblia en la lengua vulgar, los historiadores habían señalado el cumplimiento general de las parroquias con las ordenes reales y la ausencia relativa de movimientos de resistencia. La revolución espi-

21. GRIFFITHS, Paul, FOX, Adam y HINDLE, Steve (eds.), *The Experience of Authority in Early Modern England*, London, 1996.



ritual fue consolidada por la integración política en torno a la monarquía y por la persecución de una cultura popular más pagana que cristiana<sup>22</sup>.

La historiografía más reciente ha puesto en duda algunos de estos planteamientos. Uno de los revisionistas más influyentes ha sido Eamon Duffy, cuyo libro sobre el *Despojo de los Altares* vuelve a plantear la cuestión de lo que se entiende por ‘cultura popular’ y del significado de la Reforma protestante para el hombre medio. El cambio de liturgia habrá sido más visible que cambio de doctrina, gracias a un ‘iconoclasmo’ que transformaba el marco de las prácticas religiosas. Modificando la tesis de Keith Thomas, Duffy sugiere que no todo era brujería o magia en la mentalidad popular, sino que el ritual de la iglesia oficial, con sus oraciones y bendiciones, formaba un tapiz rico de temas que consolaban a la vez a las personas cultas y analfabetas. Señalando la difusión insospechada de los libros de devoción, nos invita a abandonar la idea del protestantismo como una religión del libro que hubiera desplazado a la del imagen. Cuando se mira la extraordinaria inversión de arte y dinero en la construcción o expansión de las iglesias parroquiales en la Inglaterra de los últimos siglos medievales (entre la tercera parte y la mitad fueron afectadas), es difícil creer que el movimiento por la reforma religiosa tuviera gran raigambre entre el pueblo. La realidad parece ser, según el autor, que el protestantismo fue un movimiento minoritario, impuesto por la voluntad de los reyes y utilizando la impresionante maquinaria del estado Tudor<sup>23</sup>. Los accidentes de la coyuntura histórica —la muerte de Mary Tudor sin hijos, la sucesión de Isabel I— tienen que tomarse en cuenta para explicar la transformación paulatina del pueblo católico de Inglaterra. Conformándose con el ‘iconoclasmo’ decretado por el gobierno, adaptándose a las iglesias despojadas de sus imágenes, integrándose en un nuevo ritual centrado en la lectura de la Biblia, poco a poco el pueblo se hizo ‘protestante’.

Desde esta perspectiva, la autoridad ‘política’ vuelve a cobrar toda su importancia, estableciendo el marco dentro del cual se van cuajando las creencias y las mentalidades. La tesis hace eco a interpretaciones

22. COLLINSON, Patrick, *The Birthpangs of Protestant England: Religious and Cultural Change in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, London, 1988; THOMAS, Keith, *Religion and the Decline of Magic*, Londres, 1971. Ver ahora también la gran encuesta sobre la magia popular de WILSON, Stephen, *The Magical Universe*, London, 2000.

23. DUFFY, Eamon, *The Stripping of the Altars: Traditional Religion in England C.1400-C.1580*, New Haven, 1992.

más amplias de la Reforma y la Contra Reforma en Europa que se han puesto de moda últimamente, viendo los dos campos como dos caras de la misma moneda, dedicados a nuevas formas de espiritualidad asociadas en principio con una élite más instruida, que luego tienen que ponerse en vigor entre la población general. El cumplimiento de las nuevas normas pasa por la disciplina moral: persecución del concubinato, de la ociosidad, del juego de azar, de la blasfemia. Wrightson y Levine, en su libro sobre Terling, mostraron cómo se castigaba a las madres que parieran a hijos ilegítimos y a los propietarios de tabernas que dieran causa de escándalo. La tasa de ilegitimidad bajó en el seiscientos. En años recientes se ha cuestionado la dirección y extensión de este tipo de control. Martin Ingram, una de las máximas autoridades en la materia, sugiere una continuidad en la acción de los tribunales con sus antecesores medievales. David Underdown, gran estudioso de la mentalidad popular del seiscientos, en su monografía amena sobre el pueblo de Dorchester en el oeste de Inglaterra, asolado por un gran fuego en 1613 y que luego se dedicó a una purificación de las costumbres para aplacar la ira de Dios, nos recuerda cómo la conciencia ‘puritana’ podía ser una cosa coyuntural y que necesita ser estudiada en su contexto puntual como tal<sup>24</sup>. Finalmente, en la reciente síntesis de Keith Wrightson, se nota la tendencia del autor a atribuir el cambio cultural del siglo XVII no a una ‘revolución’ puritana, sino a la influencia más gradual y oculta ejercida por las nuevas élites, acaparadores de tierras comunales y otros. A través de sus propias costumbres familiares, fabricaron un modelo de disciplina sexual y de laboriosidad que poco a poco se comunicaba a sus servidores y dependientes.

Demos por descontado, dado este énfasis en el ‘gradualismo’, que no puede escapar a las manos de los revisionistas la gran revolución política del siglo XVII: la Guerra Civil. Se sabe la interpretación tradicional de esta crisis, y sobre todo el giro social que le dio Tawney a principios del siglo XX, mirando por debajo del conflicto entre rey y parlamento a la lucha de clases que supuso el derrumbe de la antigua jerarquía feudal. Si Tawney sobrevaloraba el traspaso de tierra y poder a la *gentry* (terratenientes, como Oliver Cromwell, de la nobleza menor), sin embargo su discípulo, Christopher Hill, pudo rescatar la idea de una revolución ‘burguesa’ que echara las bases de la propiedad

24. INGRAM, Martin, *Church Courts, Sex and Marriage in England 1570-1640* (Cambridge, 1987); UNDERDOWN, David, *Fire from Heaven: Life in an English Town in the Seventeenth Century*, London, 1992.

privada, de la libertad del mercado y de la responsabilidad fiscal del estado. Si la libertad que reclamaban los parlamentarios no se parecía mucho a nuestros conceptos, por su contenido religioso y clasista, consagró al menos la fin del feudalismo y del absolutismo, y contenía la semilla del progreso.

La revisión de este modelo empezaba a tomar cuerpo en los años 1960. Entre los primeros, como hemos visto, fue Peter Laslett. A pesar, o quizás a causa de su asociación con la izquierda de su día, puso en duda el significado de la Guerra Civil como crisis social, señalando la gran continuidad de todos los índices relativos al bienestar del ciudadano medio: demografía, jerarquía social, movilidad, etc. Quedaba para su generación el llevar a cabo una auténtica revolución social ¿No podía ser, se preguntaba, que la Guerra Civil haya sido un incidente coyuntural, una lucha de facciones entre la élite como tantas otras —un accidente político, sin gran resonancia social? Hacia el mismo tiempo, aunque partiendo de distintiva perspectiva, Alan Everitt estudiaba la revolución en el condado de Kent, sugiriendo que la ideología parlamentaria pesaba menos para la élite local que su deseo de entenderse entre ellos para mantener la estabilidad del condado y su propia hegemonía local— anticipo, si se quiere, de un fenómeno bien conocido de la política española del siglo XIX: el caciquismo<sup>25</sup>. Esta orientación ha influido en uno de los libros más importantes sobre la Guerra Civil: la *Revolución de las Provincias*, de John Morrill. En un análisis matizado, da todo su peso al conflicto nacional entre defensores del ideal monárquico y sus opositores, pero señala la moderación esencial de la clase política, la *gentry*, y la ideología común que les unía a todos: la defensa de la autonomía de sus comunidades respectivas. La guerra como tal —la ruptura entre dos bandos— tiene que ser situado en un proceso de polarización fomentada por el encadenamiento de conflictos particulares en el vacío del poder que caracterizó los años 1640-42<sup>26</sup>. Aquel vacío fue producido por la invasión escocesa y la revuelta irlandesa, y no nos sorprenderá que Morrill ahora destaca como uno de los protagonistas de tomar en serio la dimensión ‘británica’ de la guerra. La periferia celta —una de las más ‘primitivas’ de Europa en cuanto al grado de desarrollo económico y social— presentaba un desafío parti-

25. EVERITT, Alan, *The Community of Kent and the Great Rebellion 1640-60*, Leicester, 1966.

26. MORRILL, John, *The Revolt of the Provinces: Conservatives and Radicals in the English Civil War 1630-50*, London, 1976.

cular al gobierno de Londres: el de asegurar la integración de territorios que seguían su propia ley religiosa. Sin las revueltas irlandesas y escocesas —mezcla de disturbios religiosos y sociales— no se hubiera producido la crisis de la monarquía inglesa en 1640, al menos con la gravedad que tuvo<sup>27</sup>.

El énfasis en la historiografía reciente, por lo tanto, ha recaído sobre el ‘conservadurismo’ de la clase política inglesa. Ha habido un interés creciente en la reinterpretación de los textos que parecen demostrar lo contrario, y que han sido tomados como precursores de las ideas democráticas. Este ‘revisionismo’ está asociado en primer lugar con el nombre de Kevin Sharpe, cuya tentativa para situar la ideología política en su contexto ‘cultural’ recuerda la de Roger Chartier o de Robert Darnton sobre la ‘manera de leer’ en Francia en vísperas de la revolución de 1789. Para Sharpe, siguiendo en cierto modo las pautas establecidas por J. G. A. Pocock y Quentin Skinner, hay que explorar todas las manifestaciones culturales de una época determinada —el teatro, las fiestas, los monumentos— para hacerse una idea de la mentalidad que queda reflejada en los argumentos políticos. Luego uno se da cuenta de que la Inglaterra de la primera mitad del seiscientos, lejos de ser un país revolucionario, era al contrario profundamente ‘monárquico’. Más bien, era una sociedad ‘tradicionalista’, recurriendo a sus mitos históricos para defender la idea de una comunidad mantenida en paz y justicia por sus reyes. El rechazo del absolutismo no necesitaba ninguna transformación social ni cultural anterior, sino que venía desde dentro de las filas de la misma nobleza<sup>28</sup>.

La auténtica fuerza revolucionaria en el seiscientos era la monarquía, la que trataba de imitar a sus colegas europeas, intentando reforzar el poder del gobierno central. La causa era idéntica en ambos casos, según la tesis algo controvertida de Jonathan Scott avanzada en su libro magistral publicado hace poco: el impulso de la llamada ‘revolución militar’ de la época moderna, la necesidad de proveer ejércitos más numerosos y mejor pertrechados, y (lo más costoso) armadas que pro-

27. BRADSHAW, Brendan y MORRILL, John (eds.), *The British Problem c.1534-1707: State Formation in the Atlantic Archipelago*, London, 1996.

28. SHARPE, Kevin, *Politics and Ideas in Early Stuart England*, London, 1989; del mismo autor, *Remapping Early Modern England: The Culture of Seventeenth-Century Politics*, Cambridge, 2000. Conrad Russell, *Unrevolutionary England 1603-42*, London, 1990, y GIL PUJOL, Javier, MORRILL, John y KEYON, John, “El revisionismo sobre la revolución inglesa”, *Pedralbes. Revista de Historia Moderna*, 17 (1997), pp. 239-344.

tegerian las nuevas rutas mundiales del comercio<sup>29</sup>. La tesis desemboca en otra, más tradicional, que señala la importancia de las revueltas de 1640 y 1688 por haber permitido, a través del triunfo del parlamento, una fiscalidad ‘estable’ —la condición primaria de la expansión colonial de Inglaterra en el setecientos, de donde se derramaban las riquezas que acabaron transformando la estructura social del país<sup>30</sup>.

Los conflictos entre rey y parlamento en el seiscientos tienen que ser situados, por lo tanto, en el contexto más amplio de la expansión del estado. Los argumentos sobre la libertad del ciudadano no se desarrollaban en un vacío, no eran conceptos puros, sino una respuesta pragmática a la necesidad de saber quien iba a domar al nuevo leviatán que nacía: el estado moderno. En su libro muy influyente, Michael Braddick nos recuerda la naturaleza del estado, que no es sólo un aparato burocrático distante del ciudadano, sino una red de poderes e influencias que envuelve al individuo y le implica, como ciudadano, en la gestión diaria de su comunidad. Haciendo eco a la tesis de Ian Archer sobre el Londres de Isabel I y su estabilidad social, que hemos visto antes, Braddick llama la atención sobre las múltiples responsabilidades administrativas del estado del seiscientos, desde la administración de la asistencia social hasta el arreglo de los conflictos entre los ciudadanos<sup>31</sup>. Esta integración del ciudadano habrá sido la auténtica revolución de la época moderna. Representa —al rechazar la pretensión del gobierno central, que fuese monárquico o parlamentario, de intervenir en las localidades— la consolidación de una tradición arraigada de responsabilidad local y de participación comunitaria<sup>32</sup>. Ya desde mediados del siglo XVII se nota la mayor estabilidad del país, la desaparición de las revueltas populares contra el acotamiento de tierras comunales, el arreglo por acuerdo dentro de la comunidad de los conflictos, la afirmación de una identidad ‘nacional’ compartida por una gran mayoría: una sociedad ‘libre, próspera y protestante’. Una sociedad muy conservado-

29. SCOTT, Jonathan, *England's Troubles: Seventeenth-Century English Political Instability in European Context*, Cambridge, 2000.

30. BREWER, John, *The Sinews of Power: War, Money and the English State 1688-1783*, New York, 1989.

31. BRADDICK, Michael, *State Formation in Early Modern England c.1550-1700*, Cambridge, 2000.

32. BRADDICK, Michael y BREMER, Francis J., “English seeds transplanted: the formation of governance in the Massachusetts Bay colony 1630-6”, conferencia no publicada, pronunciada en Cambridge, febrero 2001. Le debo su consulta a mi colega Colin Davis.

ra, por lo tanto: habiendo superado la crisis del siglo XVII, reafirmando sus propias tradiciones medievales, no fue hasta el siglo XIX, con la agitación jacobina, cuando se empezó a plantear en serio la reforma del país en un sentido verdaderamente ‘democrático’<sup>33</sup>.

¿Cuáles son las conclusiones que podemos sacar sobre la historiografía inglesa y sus tendencias recientes? En primer lugar, es claro, un énfasis más grande sobre la historia política, no por su cuenta, sino como parte integrante, de la formación de una sociedad. Como lo sugería Braddick, es mejor concebir el estado no como una cosa que funciona por separado, sino como una red de obligaciones y responsabilidades que hacen posible la vida en común. La buena gestión, la administración más que la ideología, ahí parece ser la auténtica historia política de la época moderna, y que no se puede estudiar sino en el contexto social de la peste, del hambre, de la pobreza, de la litigación. Quizás en nuestra edad conservadora, el tema de la “estabilidad” prevalece sobre el del cambio o del progreso. Explorar los lazos de interés por los cuales los individuos y las comunidades aceptan coexistir y colaborar, minimizando el importe de los conflictos ideológicos que atraviesan de vez en cuando, puede reflejar también una cierta desconfianza, un miedo ante fuerzas nuevas de desintegración. Por eso, el énfasis reciente en la dimensión británica es de gran interés —reflejo de una conciencia naciente de que el gran reto para el nuevo siglo será la convivencia de culturas distintas. Aquí hay que apuntar las iniciativas— todavía tímidas pero valiosas —de gente como Conrad Russell para situar los disturbios británicos del seiscientos en el contexto europeo<sup>34</sup>. Podemos concluir con una nota de optimismo, por lo tanto. No será un accidente que el género histórico que más se vende es la biografía. Medio flexible para captar la realidad de una época por combinar diversas corrientes, intelectuales, sociales y políticas que confluyen en el sujeto, puede adolecer de una falta de ‘dirección ideológica’. Pero si miramos uno de

33. COLLEY, Linda, *Britons: Forging the Nation 1707-1837*, New Haven, 1992; CLARK, Jonathan, *English Society 1688-1832: Ideology, Social Structure and Political Practice during the Ancien Régime*, Cambridge, 1985.

34. RUSSELL, Conrad, *Unrevolutionary England 1603-42*, London, 1990, capítulo 7; Le debo a Xavier Gil la amabilidad de haberme comunicado el texto de su contribución a una colección de estudios sobre Inglaterra y España que está recopilando John Morrill, *The Crisis of the Estates: Representative Institutions in the British Islands and the Iberian Peninsula c.1540-1660*.

los productos más recientes y más importantes del género, el estudio del gran reformador protestante Thomas Cranmer, ¿no sacamos la impresión de un mayor ‘humanismo’ en nuestro tratamiento de las antiguas controversias, no olvidando las causas por las cuales lucharon y murieron nuestros antepasados, pero valorando por encima de todo al individuo en sus múltiples facetas —en sus dudas y equivocaciones, sus pequeños actos de cobardía y traición?<sup>35</sup>

35. Mac CULLOCH, Diarmaid, *Thomas Cranmer*, New Haven, 1996.

